



El llamado de Oriente

Historia cultural del orientalismo
argentino (1900-1950)

Axel Gasquet

 Peudeba

El llamado de Oriente

El llamado de Oriente

Historia cultural del orientalismo argentino (1900-1950)

Axel Gasquet

Índice de contenido

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[Agradecimientos](#)

[Introducción](#)

[I. Elementos para una historia cultural](#)

[Primera parte. Estampas cosmopolitas, añoranzas espirituales y cuadernos de bitácora](#)

[II. Un positivista cosmopolita: Ernesto Quesada en Rusia y Oriente](#)

[III. Testimonios y glosas. Carlos A. Aldao, Manuel Gálvez, Víctor Mercante y Juan Filloy](#)

[IV. Una escritora entre los pueblos del Islam. Delfina Bunge por el Mediterráneo oriental](#)

[Segunda parte. Arcanos, nuevos rumbos y filosofías del Oriente](#)

[V. Arcanos del Oriente: traducciones y ficciones](#)

[VI. El motivo árabe en el modernismo y posmodernismo: Ángel Estrada, Arturo Capdevila y Álvaro Melián Lafinur](#)

[VII. Vicente Fatone: las filosofías de la India y la iluminación mística](#)

[Tercera parte. Leyendas, literatura y geopolítica: del Levante al Extremo Oriente](#)

[VIII. Historia, leyendas y política del Medio Oriente en Emir Emin Arslan](#)

[IX. Fuego y revolución en Extremo Oriente. Ramón Muñiz Lavalle en China, Japón, Manchuria y Filipinas](#)

[X. Ficciones apócrifas del Oriente: la literatura orientalista de Alberto María Candiotti](#)

[Conclusión general](#)

[Referencias](#)

[Bibliografía](#)

Gasquet, Axel

El llamado de Oriente : historia cultural del orientalismo argentino 1900-1950 / Axel Gasquet. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Eudeba, 2016.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-23-5898-7

1. Cultura. I. Título.

CDD 306

Eudeba

Universidad de Buenos Aires

Primera edición en formato digital: julio de 2016

Digitalización: Proyecto451

© 2016

Editorial Universitaria de Buenos Aires

Sociedad de Economía Mixta

Av. Rivadavia 1571/73 (1033) Ciudad de Buenos Aires

Tel.: 4383-8025 / Fax: 4383-2202

www.eudeba.com.ar

Diseño de tapa: Mariana Cantoni

Corrección y composición general: Eudeba

Ilustraciones de tapa: montaje de Hico Hico Caballito, Satcha, La cantante de ópera y el duende Doh, y Geisha con vaca sagrada, de la artista Kuki Bensi.

*Para David, Nina y Anne, como siempre y por siempre.
Para Alberto, Susana, Gabriela y Marina, por su entrañable y
obstinado cariño.*

AGRADECIMIENTOS

La presente entrega es el fruto de siete años de labor y no hubiese sido posible sin el apoyo constante de amigos y colegas, instituciones y estudiantes. Los primeros me proporcionaron, en generoso diálogo, pistas documentales o me facilitaron el difícil acceso a algunas fuentes. Varias universidades me permitieron elaborar en sendas estancias académicas el intrincado derrotero de algunas hipótesis parciales o generales, discutidas como versiones preliminares de esta investigación. Mi paso como investigador invitado por la University of Maryland me permitió examinar los inconmensurables fondos de la Library of Congress de Washington DC durante cinco meses en el 2008; la generosidad dispensada por Saúl Sosnowski y el LASC me permitieron el desarrollo de algunos elementos fundamentales para esta obra, impartiendo un fecundo curso doctoral en sus aulas. Dos seminarios de posgrado en la Universidad de Cuyo, en el 2007 y 2010, fueron de gran aliciente para el desarrollo de algunos puntos específicos del libro; en las entrañas de su biblioteca logré dar con algunos textos raros y valiosos. Otras casas de estudios acogieron con benevolencia mis cursos y conferencias "orientalistas" en estos años: la Universidad de Guadalajara, en México, el IFEA y la Alianza Francesa de Lima y la UNSA de Arequipa, en el Perú, el IEHL de Rabat, en Marruecos, la UNCU de Mendoza, la UNL de Santa Fe y el CeDInCI de Buenos Aires, en Argentina. Aquí y allá, mi profundo reconocimiento para los profesores Gustavo V. Zonana, Lila Bujaldón de Esteves, Georges Lomné, Rosa Núñez Pacheco, Tito Cáceres, Fatiha Benlabbah, Raúl Antelo, Adriana Crolla y Horacio Tarcus. Otros investigadores y amigos fueron interlocutores lúcidos en las diferentes etapas de elaboración del manuscrito: Jean-Pierre Dubost, Sarga Moussa, Michael Löwy, Diego Niemetz, Natalia Bustelo, Elida Lois, Martín Bergel, Ignacio López-Calvo, Gerardo Aboy Carlés y Carlos Dámaso Martínez.

Muchas bibliotecas de Europa y América fueron de vital importancia para reunir mis fuentes dispersas: la Biblioteca Nacional, la Biblioteca del Congreso, la Academia Argentina de Letras en Buenos Aires, los Archivos de la Cancillería Argentina, la BNE de Madrid, la BNF de París, la BCU de Clermont-Ferrand, la IAI de Berlín, la biblioteca del IFEA en Lima, la hemeroteca de la UNQ en Bernal, la biblioteca McKeldin de College Park y la Library of Congress de Washington DC.

Agradezco por último el estímulo moral constante de mi familia, en Francia y en la Argentina, en momentos aciagos en donde difícilmente podía avizorar la luz al final del camino. El incondicional apoyo que me dispensaron es proporcional al tiempo que les he escatimado.

A. G.
Châtel-Guyon, marzo de 2014.

INTRODUCCIÓN

Si has oído el llamado del Oriente, ya no oirás otra cosa.
Rudyard Kipling

Aunque muerta desde hace dos mil años, Asia respira suavemente y espera, sumida en dulces sueños, la llegada de quien va a despertarla.
Johann Herder, *Filosofía de la Historia*.

Este libro estudia los discursos producidos por la intelectualidad argentina sobre los pueblos y culturas de Oriente durante la primera mitad del siglo XX. Numerosos hombres de letras, especialistas, reporteros, políticos y universitarios se interesan por los temas orientales en sus diferentes aspectos: literarios, culturales, filosóficos, políticos, históricos. El conjunto de escritos de estos autores conforman una constelación abigarrada de discursos sobre Oriente, producidos en forma sucesiva o simultánea y a menudo con posicionamientos contradictorios, que constituyen la prueba de un creciente interés por la amplia realidad del mundo oriental a inicios del siglo XX. Dicha preocupación fue considerada hasta poco tiempo antes como un fenómeno cultural cuya existencia era en gran medida ajena a la realidad argentina y sudamericana.

El llamado de Oriente examina los escritos orientales de unos quince intelectuales argentinos de la época. La naturaleza de estos documentos es diversa: testimoniales, poéticos, literarios, ensayísticos, traducciones, filosóficos, editoriales, periodísticos y universitarios. La motivación fundamental de esta investigación no se reduce al examen individual de cada autor, sino que explora las coordenadas generacionales de este debate y la forma específica que cobra en la Argentina en relación con el discurso orientalista occidental. Por tal razón se presenta como un estudio de historia cultural. Con pocas excepciones, casi todos los autores aquí examinados han visitado y frecuentado en diferentes grados varios países y pueblos del

vasto Oriente. El impulso que los conduce a este “descubrimiento” del Oriente obedece tanto a corrientes de pensamiento internacionales, como a debates nacionales y a motivos de afinidad estética o espiritual. Los estímulos para aproximarse a la geografía humana y cultural del Oriente son complejos y múltiples, como disímiles los resultados que arrojan. Pero por encima de las especificidades de cada intelectual, procuramos examinar y conceptualizar la tendencia cultural general que imprime este notable interés por Oriente en la cultura argentina del siglo XX. El motivo oriental, cuya importancia aumenta en forma significativa desde el 1900, no es sin embargo nuevo en el panorama cultural argentino. Por eso algunos de los documentos analizados se inscriben en las líneas de lectura ya presentes en la cultura argentina desde la emancipación, desplegándose de modo subterráneo a lo largo del siglo XIX.

Se han señalado varias dificultades para cartografiar las representaciones del orientalismo argentino e hispanoamericano. La primera es su carácter periférico, (1) es decir, el grado de autonomía relativa que posee el discurso orientalista argentino respecto a su matriz europea. Este carácter periférico supone un permanente diálogo a tres bandas en la tarea de apropiación conceptual del Oriente, que entre los intelectuales argentinos se encuentra mediado y regulado por los flujos culturales con Europa. Otra dificultad es la de conceptualizar este debate que recubre aspectos contradictorios. En efecto, al tiempo que el siglo XX confirma fehacientemente el “despertar de Oriente” en el campo cultural argentino (fenómeno también denominado el “llamado de Oriente”), otro grupo de intelectuales conservadores cierra filas en torno a la “defensa del Occidente” y especialmente de la hispanidad –dando lugar a lo que Martín Bergel ha calificado como pensamiento antiorientista–. (2) Se trata de ponderar entonces en qué medida dicha reacción es una negación del orientalismo argentino. A nuestro juicio, esta toma de partido reactiva y descalificadora es antes bien una confirmación de la actualidad e importancia que había adquirido el discurso orientalista en el medio cultural argentino, más que su rotunda negación. En este sentido, la reacción antiorientista es una respuesta que interviene a *posteriori* de la introducción del tema oriental como objeto de re-

flexión en nuestro medio cultural. Y por esta razón consideramos que el discurso reaccionario de los sectores conservadores y católicos forma parte del amplio abanico de posibilidades inaugurado por el debate orientalista y no representa su clausura. A pesar de las notables resistencias que generó el “despertar de Oriente” en el campo cultural argentino, a la luz de las investigaciones que aquí exponemos, consideramos más determinantes el coro de voces favorables al fomento de la apertura cultural hacia el Oriente. En otros términos, el discurso antiorientista es menos el triunfo de una negación del Oriente como entidad política y cultural de peso a inicios del siglo XX, que la confirmación por la negativa de su importancia. El prefijo “anti” testimonia de la importancia que había logrado la apertura cultural al Oriente. A estas y otras dificultades procuramos dar respuesta en el análisis desarrollado en estas páginas cuyo objeto es, insistimos, realizar una evaluación detallada de las pasiones contrapuestas que encendió el mentado “llamado de Oriente”.

1. El orientalismo *fin-de-siècle* y el nuevo siglo

El presente trabajo se propone prolongar el análisis emprendido en *Oriente al Sur*, (3) en donde estudiamos el importante impacto del orientalismo europeo en el nacimiento del pensamiento y las letras argentinas tras la Independencia, desde la Generación de 1837 hasta entrada el siglo XX. En aquella ocasión argumentamos a favor de la gestación, modesta por cierto, de un incipiente orientalismo nacional, en un contexto cultural, social y político bien diferente del que había visto nacer esta disciplina en la Europa ilustrada de los siglos XVII y XVIII. Entonces como ahora, nos parece que el elemento más importante de esta indagatoria en torno al orientalismo argentino es, quizá, una preocupación mayor de la historiografía cultural argentina actual: analizar en detalle el fuerte alcance que han tenido las civilizaciones extraeuropeas en la configuración de la cultura letrada argentina y en el imaginario social del país.

Aunque el Viejo Mundo fuese sin duda el interlocutor privilegiado de la cultura rioplatense, sospechamos que la nación argentina surgida de la emancipación no fue exclusivamente cincelada por el diálogo bilateral Europa-América. La hipótesis de que en este proceso complejo –y a menudo caótico– intervienen otros horizontes culturales y otras apropiaciones oblicuas, fue para nosotros una apuesta fructífera que nos permitió descubrir aspectos hasta ahora desdeñados de la cultura argentina. En este sentido, la atracción o pasión constante de muchos intelectuales argentinos por las culturas orientales aflora como una suerte de manantial subterráneo. En la progresión de esta pasión de casi dos siglos, hemos observado una suerte de parábola descrita por el orientalismo autóctono. Del inicial empleo conceptual e ideológico del orientalismo europeo heredado de la Ilustración por la Generación de 1837 –que ha servido para fundar una estética de la pampa como tópico básico de la literatura argentina y asimismo definir los contornos de la barbarie nativa a través de los enunciados del bárbaro oriental–, vemos que entre los miembros de la Generación de 1880 se vislumbra una preocupación netamente política y hasta social por el Oriente. Dicha generación reconoce, en el caso particular del Japón, una vía alternativa de modernización diferente a los arquetipos europeos y norteamericano. Este elemento tiene una importancia capital. Eduardo Wilde, por ejemplo, inaugura una especie de diálogo entre dos regiones entonces periféricas del mapa político mundial, situadas además en las antípodas geográficas. Hacia 1897, el contacto establecido por Wilde con el Japón inauguró un diálogo político directo entre dos países que procuraban emprender un camino de modernización a marcha forzada, adaptando lo mejor que la técnica occidental podía aportarles pero buscando –cada uno a su manera– sustraerse a la gravitación política y soberana de los diferentes imperios coloniales de la época.

Con el advenimiento de la vanguardia modernista, y muy especialmente con Lugones, el papel del orientalismo será concebido de modo muy diferente. Sus evocaciones no tienen ya ningún uso conceptual, político o ideológico, sino que este encarna –mediante el exotismo– una de sus múltiples potencialidades estéticas que ofrece el Oriente. La aspiración cosmopolita de los modernistas estaba ávida de horizontes nue-

vos y, en el contexto hispanoamericano, nada más exótico que los ambientes orientales, calificados entonces de “japonerías” o “chinerías”. La evocación del Oriente literario y onírico (que pocas veces evocaba rasgos reales) tenía otra cualidad mayor para los maestros del modernismo como Rubén Darío o Leopoldo Lugones: era una respuesta a las certezas científicas del positivismo finisecular, que tanto denostaban. En el plano imaginario, el Oriente era la promesa de un mundo cuyos valores se oponían definitivamente a los del materialismo rampolón y al positivismo científico hegemónico. Para las plumas modernistas, Oriente estaba constituido casi exclusivamente por un mundo espiritual, de pura representación, en donde incluso las riquezas materiales de sultanes y marajás estaban puestas al servicio de un alma trascendente y desencarnada. Desde luego, este evanescente Oriente de lentejuelas y pacotilla poco aspiraba al verdadero conocimiento –siquiera aproximativo– de estas culturas. Pero tenía, al menos, la virtud de transmitir, pese a su tremenda distorsión exótica, una valoración positiva de dichas culturas.

En efecto, el discurso orientalista difundido durante el Siglo de las Luces había legado al siglo XIX una visión profundamente negativa del Oriente y sus civilizaciones, que eran juzgadas por una evaluación unidimensional del Islam, cuyas diatribas estaban con frecuencia reducidas al perímetro exclusivo del Imperio otomano: su rasgo cultural y político preponderante que se pensaba era el *despotismo oriental*. Oriente encarnaba un destino político despótico y era el reino de lo arbitrario en sus distintas configuraciones: islámica, persa, china, o incluso zarista (el pecado oriental del despotismo ruso). Resumiendo en cierta forma el pensamiento ilustrado, Volney sintetiza hacia 1787 en estos términos la visión negativa predominante en Europa sobre el Oriente:

Asia entera yace sepultada en densas tinieblas. Regido el chino por un insolente despotismo, por varazos de bambú, por la suerte de las fichas (...). Abrumado de preocupaciones el indio, y enredado en los lazos sagrados de sus castas, vegeta en una insanable indolencia. Vagabundo o sedentario el tártaro, mas siempre ignorante y fiel, vive tan bárbaro como sus antepasados. La fuerza y la virtud del árabe, dota-

do de buen entendimiento, se consumen en la anarquía de sus tribus y las enemistades de sus familias; y caído el africano de la dignidad de hombre, parece destinado a perdurable esclavitud. (4).

La lectura ilustrada del Oriente instaure durablemente en el imaginario occidental los tópicos fundamentales del quietismo, la pasividad y la indolencia que caracterizaban a los pueblos orientales a la hora de deshacerse de formas de gobierno despóticas y absolutistas, aferrados como estaban a formas de existencia atávicas y a una concepción del poder propiamente arcaica y dominada por la superstición religiosa, lo que prolongaba por tiempo indefinido la sumisión de las masas en la ignorancia. Tras una primera empresa de adaptación conceptual inaugurada por la Generación de 1837, y con el correr del siglo XIX, muy lentamente, esta opinión negativa y monolítica sobre el Oriente, evoluciona sustancialmente.

En las postrimerías del siglo XIX los juicios de valor sobre el Oriente se despliegan en un doble registro, iniciado en la Argentina en 1873 por Pastor S. Obligado, que abre la puerta a una lectura menos europeísta del nacionalismo egipcio. (5). Esta creciente distancia respecto a la matriz negativa del orientalismo europeo fue parcialmente profundizada por Eduardo Wilde, aunque de modo ambiguo: por un lado el viajero del 80 reiteraba las apreciaciones negativas del mundo musulmán, cuyos profundos valores tradicionalistas lo incapacitaban para todo emprendimiento modernizador e industrial; por otra parte, el antiguo ministro de Educación y Culto vislumbraba importantes cualidades culturales positivas en las sociedades y doctrinas orientales que conjugaban la tolerancia y el refinamiento estético como valores universales.

2. La civilización herida de Occidente y el Oriente

El surgimiento de este tipo de mirada más positiva sobre el Oriente, hacia el Centenario (1910), se vio favorecido por la conjunción de una serie de elementos complejos, que se im-

bricaban de un modo difícil de desentrañar. Distinguimos al menos cuatro elementos interrelacionados:

a) La creciente presencia entre el público letrado de un acendrado interés genuino por los pueblos y las culturas de Oriente. La difusión de importantes obras orientales de ascendencia universal, como *Las mil y una noches*, el *Mahabharata*, el *Ramayana*, el *Panchatantra*, las *Rubaiyat* de Omar Khayyam, o el descubrimiento de la obra de Rabindranath Tagore, prepararon sin duda a los lectores para esta empresa de recepción cultural, vislumbrando la existencia de "universalidad" oriental hasta entonces insospechada para los occidentales.

b) La creciente atracción ejercida por las filosofías orientales, cuyas marcas esenciales provenían de las cosmogonías hindúes y budistas.

c) El desbaratamiento de la supremacía intelectual europea con la Primera Guerra Mundial y la consecuente búsqueda de nuevos horizontes intelectuales vitales, inspirados en valores pacifistas.

d) La exploración de nuevas corrientes de la mística que, preanunciadas por la teosofía, ponían abiertamente en duda el fundamento mismo de los discursos racionalistas y positivistas, cuyo corolario más palpable fue la pérdida de confianza en el progreso humano. Las masacres de la moderna guerra de trincheras dieron por tierra con la idea según la cual el progreso del hombre estaba inexorablemente inscripto en las leyes naturales.

Indaguemos ahora con mayor detenimiento estos mismos cuatro elementos que, insistimos, no se despliegan de modo progresivo o cronológico sino que son facetas de un mismo proceso cultural, por naturaleza, complejo e intrincado.

a) Un interés genuino por los pueblos y las culturas de Oriente

Este interés creciente por el Oriente, aunque sea un elemento poco palpable y difícil de verificar, puede observarse a través de la emergencia de cierto número de indicios, de los que la incipiente industria editorial es quizá el más notorio. Desde fines del siglo XIX (6) observamos una proliferación de